

ROJO FLOYD

MICHELE MARI



LABESTIA
EQUILATERA

MICHELE MARI

ROJO FLOYD

Novela en 30 confesiones, 53 testimonios,
27 lamentaciones (de las cuales 11 son ultramundanas),
6 interrogaciones, 3 exhortaciones, 15 informes,
una revelación y una contemplación

Traducción de *Eugenia Leva*



ÍNDICE

Cubierta

Sello

Portada

Advertencia

Primera lamentación, ultramundana. Los siameses

Segunda lamentación. Arnold Layne

Tercera lamentación. Bob Klose

Cuarta lamentación, ultramundana. Stuart Sutcliffe

Quinta lamentación, ultramundana. Brian Jones

Primera confesión. El hombre ratón

Segunda confesión. El hombre gato

Tercera confesión. El hombre perro

Primer testimonio. Mike Leonard

Sexta lamentación. Chris Dennis

Séptima lamentación. Geoffrey Mottlow

Segundo testimonio. Peter Jenner

Primer informe. Carta de Ronald Laing

Tercer testimonio. David O'List

Octava lamentación. Marzio Acquaviva

Cuarta confesión. El hombre perro (2)

Quinta confesión. El hombre gato (2)

Novena lamentación, ultramundana. Stanley Kubrick

Décima lamentación, ultramundana. Michelangelo Antonioni

Cuarto testimonio. John Aldiss

Sexta confesión. El hombre caballo

Quinto testimonio. Robert Wyatt

Sexto testimonio. Alan Parsons

Séptimo testimonio. Peter Watts - Alan Parsons (2)

Séptima confesión. El hombre gato (3)

Decimoprimera lamentación. Sid Barrett

Primera interrogación. John Gordon

Octavo testimonio. Julian Lennon

Noveno testimonio. Peter Dinkley

Segundo informe. La rama dorada

Decimosegunda lamentación. Alan Parker

Décimo testimonio. Bob Geldof

Decimoprimer testimonio. Bob Ezrin

Tercer informe. *Floydspotting*

Decimotercera lamentación. Snowy White

Octava confesión. El hombre gato (4)

Segunda interrogación. David Bowie

Novena confesión. El hombre gato (5)

Decimosegundo testimonio. Jason Coleman

Decimotercer testimonio. Duncan Waters

Cuarto informe. Ficha de *Melody Maker*

Decimocuarta lamentación. Joe Boyd

Décima confesión. El hombre perro (3)

Decimoprimera confesión. El hombre ratón (2)

Decimocuarto testimonio. El gnomo

Decimoquinto testimonio. David Gale

Decimosexto testimonio. Ann Murray

Decimosegunda confesión. El hombre perro (4)

Decimotercera confesión. El hombre gato (6)

Decimocuarta confesión. El hombre caballo (2)
Decimoquinta lamentación, ultramundana. Los siameses (2)
Decimosexta lamentación, ultramundana. Glen Buxton
Decimoséptimo testimonio. Jack Monk
Decimoctavo testimonio. Nigel Lesmoir
Decimoséptima lamentación. Peter Jenner (2)
Decimonoveno testimonio. Michael Rock
Decimoctava lamentación. Syllas White
Quinto informe. *Enciclopedia Popular Moore*
Vigésimo testimonio. Rosemary Breen
Vigésimoprimer testimonio. Paul Breen
Vigésimosegundo testimonio. Ronald Salmon
Decimoquinta confesión. El hombre gato (7)
Vigésimotercer testimonio. Duncan Waters (2)
Decimosexta confesión. El hombre perro (5)
Sexto y séptimo informes. *Los grandes descubrimientos científicos - Cuando la ciencia es poesía*
Vigésimocuarto testimonio. John Peel
Decimoséptima confesión. El hombre ratón (3)
Vigésimoquinto testimonio. Clive Welham
Octavo informe. *Enciclopedia Popular Moore* (2)
Decimonovena lamentación. Robyn Hitchcock
Decimoctava confesión. El hombre gato (8)
Decimonovena confesión. El hombre caballo (3)
Tercera interrogación. Marzio Acquaviva (2)
Vigésimosexto testimonio. Alan Barrett
Noveno informe. *The Making of The Dark Side of The Moon*
Vigésimoséptimo testimonio. William Wilson
Vigésima confesión. El hombre ratón (4)
Vigésimoprimer confesión. El hombre caballo (4)
Vigésimoctavo testimonio. David Gale (2)

Décimo informe. Artículo del *Washington Post*
Vigesimonoveno testimonio. Mary Waters
Vigesimosegunda confesión. El hombre perro (6)
Trigésimo testimonio. Andrew King
Vigésima lamentación, ultramundana. Los siameses (3)
Trigésimo primer testimonio. Eric Clapton
Vigesimoprimer lamentación. Rachel Fury
Trigésimo segundo testimonio. Clive Metcalf
Vigesimotercera confesión. El hombre perro (7)
Vigesimocuarta confesión. El hombre ratón (5)
Trigésimo tercer testimonio. David Gale (3)
Trigésimo cuarto testimonio. Peter Stevens
Decimoprimer informe. Artículo de *The Guardian*
Cuarta interrogación. Marzio Acquaviva (3)
Trigésimo quinto testimonio. Alan Barrett (2)
Primera exhortación. Michel Rémy
Quinta interrogación. Friedrich Ruhle
Segunda exhortación. Yorgos Panafiotis
Vigesimoquinta confesión. El hombre ratón (6)
Trigésimo sexto testimonio. Mary Waters (2)
Vigesimosexta confesión. El hombre perro (8)
Vigesimosegunda lamentación. Archie "Pork" O'Reilly
Sexta interrogación. David Gale (4)
Decimosegundo informe. Telegrama de Roger Waters
Trigésimo séptimo testimonio. David Gale (5)
Trigésimo octavo testimonio. Douglas Field
Trigésimo noveno testimonio. Jeremy Chanceling
Decimotercer informe. *Inside Out*
Cuadragésimo testimonio. Peter Dockley (2)
Cuadragésimo primer testimonio. Jeff Brigham Jr.
Cuadragésimo segundo testimonio. David Gale (6)
Tercera exhortación. El desmesurado Ego de Roger Waters

Cuadragésimo tercer testimonio. Donald Barrett
Cuadragésimo cuarto testimonio. Jon Carin
Vigesimoséptima confesión. El hombre perro (9)
Vigesimotercera lamentación, ultramundana. Stanley Kubrick (2)
Decimocuarto informe. *Tratado de gemología general*
Cuadragésimo quinto testimonio. Jepp De Joonk
Cuadragésimo sexto testimonio. Alison Barrell
Cuadragésimo séptimo testimonio. Vera Lynn
Vigesimoctava confesión. El hombre perro (10)
Vigesimocuarta lamentación. John Lydon
Vigesimonovena confesión. El hombre gato (9)
Cuadragésimo octavo testimonio. David Bowie (2)
Cuadragésimo noveno testimonio. Michel Rémy (2)
Decimoquinto informe. Acta del Municipio de Islington
Vigesimoquinta lamentación. Samuel Riddick
Vigesimosexta lamentación, ultramundana. Alistair Grahame
Trigésima confesión. El hombre gato (10)
Vigesimoséptima lamentación, ultramundana. Los siameses (4)
Quincuagésimo testimonio. Michel Rémy (3)
Quincuagésimo primer testimonio. Alan Parsons (3)
Revelación. Alistair Grahame (2)
Quincuagésimo segundo testimonio. Anónimo
Quincuagésimo tercer testimonio. Robyn Hitchcock (2)
Contemplación
Nota de la traductora
Sobre el autor
Copyright
Otros e-books de La Bestia Equilátera
"Come on you raver..."

Advertencia

Aun tratándose predominantemente de personajes históricos y de hechos reales, esta novela ha de ser entendida en todas sus partes como obra de la fantasía. La confabulación de las voces pertenecientes, una tras otra, a individuos que en verdad han vivido o que viven, a personajes inventados, a seres fantásticos, obedece a una retórica estructural y lingüística y no pretende tener valor documental alguno. Aunque no estuviera impugnada por un discreto número de "falsos", en efecto, la precisión onomástica, cronológica y topográfica de lo que se refiere es estrictamente funcional a la ficción, tal y como se da en los sueños.

M.M.

Primera lamentación, ultramundana

Los siameses

—Podían seguir llamándose Geoff Mott and the Mottoes...

—Nombre horrible, la verdad sea dicha.

—O Ramblers...

—¡Qué estupidez!

—De acuerdo, pero si se quedaban ahí nos habríamos salvado.

—Mortifiquémonos, si quieres. Por un tiempo fueron también The Newcomers...

—Después Those Without, ¡sic!

—Ya... sic, sic... Así y todo no estaríamos como estamos.

—Llegaron a llamarse incluso Hollerin' Blues.

—Y Jokers Wild... ¿Te das cuenta? ¡Jokers Wild!

—Un momento, hay que ver quiénes estaban...

—Con que hubiera uno de ellos alcanza, ¿sabes cómo eran, no? Desarmarse y rearmarse, incluir a otros, hacerse adoptar, reencontrarse, no era solo cuestión de nombres, eran inestables por dentro, como si buscaran la combinación perfecta... deshacerse y rehacerse, cada vez un poco más cerca de la meta...

—Y de Sigma Six, ¿qué me dices?

—El empeño que ponían en encontrar nombres malos...

—Como Abdabs...

—Empeorado enseguida con Screaming Abdabs.

—O Megadeaths...

—Y todavía podíamos salvarnos. Podíamos salvarnos incluso cuando se convirtieron en Spectrum Five.

—Hasta con Leonard's Lodgers, piensa, estábamos a tiempo. Te digo más, hasta con Tea Set, el nombre más ridículo que se haya oído jamás.

—Y después...

—Vamos, sigue atormentándote. ¿No se te ocurre pensar que tu tormento es también el mío?

—Y después...

—Cada vez que llegas a este punto te bloqueas, y sin embargo sabes cómo pasó, lo sabes tan bien como yo: sus ojos se posaron sobre un disco mío...

—Un disco que habrá visto cientos de veces, como el mío...

—Los habrá visto juntos cientos de veces, pero aquella vez...

—Si hubiera sido uno de los otros no habría pasado nada, pero era él...

—¡Lo sabemos, bien lo sabemos! Él tiene el espectro del diamante en el ojo, él es quien hace verdaderas las cosas, él, él, ¡no aguanto más!

—Y quedamos adentro, para siempre. Desde ese momento, desde esa mirada sobre nuestros dos discos.

—Fue como si por primera vez nos *hubiese visto*, dislocados pero unidos...

—El poder de un demonio, cada una de nuestras mitades escondida en un nombre...

—En un disco...

—En un nombre en un disco... Él como un cirujano separó mi mitad, la soldó con la tuya, y nos hizo renacer así.

—Los cirujanos normalmente separan a los siameses, a nosotros nos tocó el único que los crea...

—Me gustaba mi nombre, Pink Anderson.

—Y a mí el mío, Floyd Council.

—Me pregunto si hubiera podido ocurrir también con las otras mitades...

—¿Quién puede decirlo? Los Anderson Council, no sueña tan mal... aunque es bastante flojo...

—Hay que admitir, sin embargo, que Pink Floyd es bellísimo.

—¡Sí, pero a costa nuestra!

—¡Y pensar que aún podíamos salvarnos, aún podíamos!

—¿Por qué los demás se empecinaron con Pink Floyd Blues Band? ¿Crees que habría cambiado algo?

—¡Habría que ver! ¿Todavía no has entendido que lo que nos jodió la vida es la belleza? Cuando es esencial, la belleza se convierte en sustancia. Blues Band, y nosotros andaríamos por el mundo separados.

—Sí, pero al final el genio se impuso y nos convertimos en esto.

—Con la dureza del diamante, se impuso.

Pronunciadas estas palabras, el monstruo rosa se plegó sobre el monstruo fluido, mordiéndole el cuello. El monstruo fluido, como acostumbraba hacer en estas ocasiones, clavó todas sus uñas en la espalda de su semejante más íntimo, desgarrándole profundamente las carnes. Y una sangre clara empezó a correr copiosa a lo largo de un único cuerpo palpitante, una sangre rosa que llegada al suelo fluía, y fluía.

Segunda lamentación

Arnold Layne

Yo digo ¿no? que cada cual se divierta como quiera, mientras no le haga mal a nadie... cada cual en lo suyo y todos en paz, ¿de acuerdo?, porque ¿quién no tiene secretos?, son la sal de la vida los secretos, y cuanto más pequeños mejor, ¿voy a meter yo la nariz en las manías de los demás, yo? Para nada... Ja, el Arnold es un tipo que si ve algo raro mira para otro lado, y calladito, nada ha visto, así es el Arnold, pregunten si no... Y quisiera saber por qué justo yo tenía que terminar así, que si escuchas mi nombre enseguida piensas en eso... No se hagan los tontos, ¡las bombachas, las bombachas! Como si ahora las mujeres colgaran solo bombachas en la soga, ¡ojalá! ¿Y las medias? ¿Los corpiños? ¿Los camisones? No hay tiempo para elegir, en esos momentos das un manotazo y a correr, después en casa examinas el botín... ¡La de veces que te das cuenta de que te equivocaste! ¡La rabia que da cuando descubres que son calzoncillos! Todo ese trabajo para nada, saltar, raspase contra los muros, mirar si pasa un policía, si se enciende una ventana, si está el perro, ay dios mío, con la luz de la luna ves lo que estás agarrando pero te ven, también te ven... Después suponte que es gente que conoces, una cosa son las medias de la hija y otra las de la madre, es fácil reconocer las bombachas, con encajes y transparencias las

de la hija, tipo calzón las de la madre, pero con las medias es más difícil, cuando están flojas estas de naylor se parecen todas, pero no es lo mismo ponérselas pensando en la madre, la señora Collington por ejemplo, unos jamones varicosos que si me miro al espejo vomito... La hija, en cambio... ¡Qué voy a hacer! Es lo que me gusta, ¿entienden? Me gusta vestirme de mujer. Me denunciaron, una vez, pero me cambié de barrio y nadie volvió a molestarme... La colección de bombachas que tengo en el armario es única en el mundo, garantizado... Y en un cajón, ji ji... en un cajón especial guardo las usadas, las limpias las puede robar cualquiera, pero las sucias es cosa de profesionales, hay que esperar a que la casa esté vacía, forzar una ventana, saber dónde buscar... A veces no se encuentra nada, pero si tienes suerte, hay cada golpe... cosas de una riqueza... Aquí tienes, esta era mi vida, hasta que llega aquel... no sé ni cómo llamarlo, solo sé que era un vecino de casa, un chico simpático, de pocas palabras, un tipo raro... Nunca hablé con él, ni siquiera le había dicho mi nombre, miren si le iba a contar mi secreto... Bueno, una mañana voy al centro y todos cantan esa canción, la historia de uno que roba la ropa interior de las mujeres y se la pone delante del espejo, uno que se llama exactamente como yo, ¡Arnold Layne! Que es además el título de la canción, así que desde aquel día yo soy el de las bombachas... el hombre que se traviste... Nunca volví a estar en paz... Alguna bromista me deja sus bombachas delante de la puerta, incluso usadas me las deja, pero ya no es lo mismo... Porque yo no he estudiado, pero una cosa me queda clara: esos regalos son para el de la canción, no para mí... Hace unos años vinieron a entrevistarme, con cámara y todo, me dijeron que si yo no estaba tampoco existía ese disco, y que sin disco esos ni siquiera empezaban su carrera, así que, según ellos, debía pedirles unos cuantos billetes... sí, como si yo no supiera cómo terminó ese tipo, intenten ustedes sacarle dinero a uno así, un idiota... Él idiota y yo travestido, para siempre, aunque

tenga puesto el mameluco la gente me ve de este modo, con las medias caladas frente al espejo... Pero él también debe de haber oído esa entrevista, porque unos días después me llega a casa un paquete con unas hermosas bombachitas de encaje celeste, bombachitas usadas quiero decir, y... eh... eh... usadas en ciertos días especiales que tienen las mujeres... no exactamente en esos días, sino inmediatamente después, cuando hay pérdidas todavía... ya no tan oscuras, tirando al rosa... y lo extraño es que esas manchas rosadas no se secaban, estaban siempre húmedas y frescas, es decir... como si las produjese la bombacha misma... fluidas, un poco pegajosas... tantos años después fluyen todavía... Bueno, me dije, un regalo así solo me lo puede mandar ese loco, pero qué grande ¿no?, sí, señor, un tipo grande.

Tercera lamentación

Bob Klose

Lo repito por última vez, tras lo cual pasaré a las vías legales. ¡Intimo a todo el mundo a que se abstenga de llamarme “el quinto Pink Floyd”! Hubo un quinto Beatle, de acuerdo, si bien he oído que se llamara así por lo menos a cuatro sujetos diferentes. Problema de ellos. Así que es la última vez que lo digo. ¡La última! ¡Palabra de Rado Klose alias Bob! Sí, toqué con ellos en la primera formación en la que estaban todos, él y los otros tres. Spectrum Five. De modo que también podría ser considerado como uno de los fundadores. Podría. Y me quedé hasta que nos... hasta que se llamaron Pink Floyd. Yo venía de los Blue Anonymous, por eso se burlaban de mí presentándome en los conciertos como Blue Pink. Para los demás era una broma, pero él... él estaba siempre serio, terriblemente serio incluso cuando parecía que se hacía el tonto... A mí me gustaba el jazz, me encontraban demasiado aristocrático... Un día él me aparta y me dice: “Tienes sangre azul, Bob, tenemos que cambiártela un poco”... Dado que le gustaban los juegos de palabras le pregunto por qué, para el nombre del grupo, se inspiró en dos músicos de blues. Me da escalofríos cuando pienso en su respuesta, todavía hoy. “Quédate tranquilo que esa música negra no la tocan más, en las tinieblas en que se encuentran conocen por fin el rosa de la